

## TUS OJOS Y MIS VENTANAS

Carolina Sánchez Adeva

El sonido de la alarma de su reloj de pulsera se extendió como un tsunami por todas mis cavidades; su pitido reverberante, como un desfibrilador, destronó al silencio y despojó del letargo a la sala de espera, los baños, la gloria, el andén... y en su viaje desbocado al infinito, se aferró a una ráfaga de viento alcanzando a los mismísimos trenes que un día partieron para no volver, y se estremecieron, como lo hice yo, en el escalofrío vertebral de la forja de mis muros, despertando mi alma, memoria y corazón.

Fantasma o no, ha regresado a casa *el jefe de estación*.

Cuántos latidos perdidos, viejo amigo, desde el día en que te vi marchar. Sístole y diástole al compás del ir y venir de trenes, pasajeros, revisores, maquinistas y fogoneros. Te fuiste y se fueron contigo las vías del tren, los bancos de madera del andén y los gorriones, ya sin pan. Llegaron, sin embargo, a este hogar el polvo, la podredumbre y el olvido, tan solo las golondrinas en primavera me vienen a habitar, les cedo lo que queda de las vigas: profundas grietas, una tupida hiedra y la impuesta soledad.

Detienes tus pasos tras el umbral, la penumbra te impide caminar. Tus ojos y mis ventanas, retinas por el olvido veladas, se miran cómplices en busca de claridad.

—¿Por qué has venido, viejo amigo? ¿Qué esperas encontrar?

De niño, muchas veces te vi partir, las esencias y sabores que descubriste viajando junto a tu padre, el maquinista, se impregnaron también en mí.

—¿Recuerdas las jugosas cerezas cargadas en el vagón?

A escondidas del revisor guardabas algunas para después comerlas y atesorar sus pequeños huesos en una preciosa caja de latón.

Sentado ahora en el suelo, sobre la herrumbre derrumbado, asoman lágrimas a tu rostro escondido entre las manos. Balbuceas, te lamentas, gritas y rabias, no puedes desde hace años recordar tu nombre, a nadie, ni nada...

Te abrazo, como puedo, con el haz de luz de la ventana.

Se borró de tu memoria el camino recorrido, el paso del tren, del tiempo y el rostro del amor. También se fue la nostalgia, el motivo del dolor, la tristeza e incluso el miedo al descuido.

—¿Cómo has llegado, entonces, hasta mí? ¿Te ha traído el dulce aroma de los Tilos?

Eras aún adolescente cuando con tu amigo jugabas a colocar monedas en las vías antes de que el tren pasara —¡qué divertido era tener pesetas aplastadas!— y cuánto aprendiste aquella mañana en la que, tras tropezar en el intento, tu pantalón quedó prendido en un tornillo suelto y tuviste que zafarte veloz para esquivar la desgracia. No pudo, María, evitarla, que imitando aquellos juegos quedó para siempre en las vías atrapada, no regresando, como luego ocurrió a los trenes, nunca más a su casa.

Fue por ella que no quisiste ser maquinista ni revisor, sino jefe de estación. No hubo niño que a tus vías se acercara y, siempre que las mirabas, veías jugando entre las traviesas, rodeada de flores coloreadas, a María, tu pequeña hermana.

Pareces haberme oído, viejo amigo, abres tus ojos al fin como hace unos minutos con tu repentina presencia yo también los abrí. Asoman ahora vivos, lúcidos y brillantes.

—¿Me vas a recordar, quizá, por unos instantes?

Te alzas renovado, de un salto, ágil como antaño e inicias un agitado correteo por la habitación. Con el crujir de mi madera bajo tus pasos, con música te acompaño.

—¿Qué sacas del bolsillo? ¿Es tu viejo silbato?

Lo aprietas contra el pecho en un ansioso abrazo antes de llevarlo, tímido, a tus temblorosos labios. Sueñas con darle un último beso, entregarle el aire que aún retienes dentro y dejarte arrastrar con su silbido al pasado, a los momentos que has vivido pero que, sin ti... se han evaporado. Suena de nuevo la alarma en tu reloj, miras la esfera.

—¿Es un localizador lo que llevas?

Recorres impaciente la que fuera tu estación. Abres ventanas y portones, henchidos tus pulmones te detienes frente a la puerta principal. Sales fuera y con confusión contemplas que el andén no da paso a las traviesas, no suena el traqueteo del vagón ni el resuello del tren da paso a la nostálgica humareda. Ahora en su lugar hay un carril de bicicletas.

Atraviesas el jardín con el pulso acelerado, rumbo a la casa en que viviste tantos años.

—¿Qué buscas, viejo amigo, tras cruzar la entrada? ¿Por qué elevas al techo tu mirada?

Reúnes todas tus fuerzas e instantes de lucidez. Acercas una escalera a la pared y trepas muy arriba. Alcanzas con dificultad la trampilla. Metes la mano en el agujero y palpas el hueco hasta tocar un recipiente cuadrado, es tu preciosa caja de latón. Sonríes, la has encontrado.

Desciendes los peldaños tiritando. Cedés al suelo, de rodillas, con la caja acunada en tu regazo. Desempolvás el brillo del latón con el canto de la mano y levantas la tapa, curioso, como quien desenvuelve un primer regalo. Buscas dentro y compruebas, con el rostro iluminado, que aún contiene el tesoro que habías olvidado: tus monedas aplastadas, los huesos de cereza y amados rostros retratados en fotografías color sepia.

El eco de un sollozo te hace alzar la mirada. Te observa desde la puerta, tu hija, a si misma abrazada. De sus ojos transparentes cuelgan cristalinas ristras de lágrimas y, en cada una de ellas, logras ver plasmadas, las imágenes de una vida que al tocar el suelo regresan a la nada.

En un susurro, con voz ahogada, ella te llama:

—Papá.

Y tú, aún en el suelo arrodillado, sostenida la memoria entre las manos, respondes con serena sonrisa y ojos bañados en miel:

—María, ¡mira, ven!